

campo de la antropología y la sociología. Ya en anteriores publicaciones como *La sociedad de la transparencia* (Herder, 2010), *La agonía del eros* o *La sociedad del cansancio* (ambos de Herder, 2012) ofreció un análisis profundo y certero de distintos aspectos de la sociedad del siglo XXI.

En su última obra, titulada *La expulsión de lo distinto*, trata de lo que, a su juicio, es el mayor problema de la sociedad actual: la proliferación de lo igual. Para Han, la alteridad, *el otro*, ha desaparecido de nuestro horizonte. En doce breves capítulos, el autor va exponiendo su visión sobre la tendencia a la igualación y los problemas que esto produce en la sociedad entera y en cada individuo en concreto.

Pero el autor no se limita a reconocer y exponer los problemas sociales y los peligros que estos comprenden. Han propone algunas posibles soluciones, citando a autores consagrados como san Agustín, Max Scheler o Heidegger, entre las que destacan el volver la mirada al otro, una mirada profunda y sincera de amor, «que entabla una referencia amorosa del otro en cuanto a distinto» (p. 14). Un punto central que el autor reconoce como causa de esta expulsión de lo distinto es la búsqueda de la autenticidad, que nos obliga a ser iguales a nosotros mismos de forma absoluta, es decir, nos hace autores y crea-

dores de nosotros mismos, prescindiendo así del otro (p. 37) y nos hace sordos a los demás.

En el último capítulo de la obra, titulado *Escuchar*, el autor invita a ejercer la acción que da nombre al capítulo, que no es un mero acto pasivo sino esencialmente activo, para salir de uno mismo. Dice esto porque el acto de escuchar es una acogida radical del otro. También es un donarse, lo cual contrasta notablemente con el espíritu de las grandes redes sociales como Twitter o Facebook, en las que no se escucha sino que se informa indiscriminadamente sin necesidad de respuesta. La escucha es la actitud diametralmente opuesta, pues «la escucha devuelve a cada uno lo suyo» (p. 122) en la alborotada sociedad del cansancio, que es sorda. Frente a este fenómeno, Han defiende el nacimiento de una *sociedad de los oyentes y de los que atienden*.

Este libro es de particular interés para aquellos que se dedican a los estudios sociológicos y antropológicos, pero todo aquel que desee conocer en profundidad los problemas de la sociedad actual encontrará en estas páginas una respuesta que puede ayudar a salir de este *tiempo del yo*, que nos aísla e individualiza, para entrar en el *tiempo del otro*, que crea una comunidad.

Javier OROZCO DE DONESTVE

Hernando José BELLO RODRÍGUEZ y José Manuel GIMÉNEZ AMAYA,
Valoración ética de la modernidad según Alasdair MacIntyre, Pamplona:
 Eunsa («Astrolabio, Serie Antropología y Ética»), 2018, 208 pp., 11 x 18,
 ISBN 978-84-313-3284-6.

La presente obra nos ofrece la visión del pensador británico sobre la Modernidad desde la perspectiva ética, cultivada pacientemente a lo largo de su vida. Resulta ser un resumen especialmente valioso

del pensamiento de MacIntyre, que anima a su lectura directa, facilitada además por el añadido de un apéndice final de tablas analíticas con la bibliografía completa del filósofo. El libro se estructura en tres capí-

tulos: el primero sirve para contextualizar la trayectoria intelectual de MacIntyre y los dos siguientes presentan propiamente su valoración de la Modernidad a partir de sendos libros: *After Virtue* (1981), primera obra de su madurez filosófica, y *Ethics in the Conflicts of Modernity* (2016), última por el momento.

La comprensión de la ética de MacIntyre, a la que ha contribuido de modo crucial su propia trayectoria intelectual, fundamenta la crítica, tanto del origen como del contenido, de lo que dará en llamar Moral moderna (obsérvese la mayúscula, para diferenciarla de otras filosofías morales). Para nuestros autores, el aristotelismo tomista final de la filosofía moral macintyreana no es tanto una ética de la virtud cuanto un «realismo práctico» (p. 57) y, en ese sentido, ayuda a desenmascarar una filosofía moderna que se ha distanciado de la moral por haberlo hecho de la práctica. Pero no es este el único ingrediente de la crítica, pues «desde dentro, MacIntyre mantiene un diálogo continuo con la filosofía moral expresivista; [y] también, desde los presupuestos modernos, rescata los elementos de la crítica marxista al orden liberal y capitalista contemporáneo» (p. 72).

After Virtue explica por qué la cultura moral moderna contiene una serie de desacuerdos interminables: se da en ella una inconmensurabilidad conceptual entre las argumentaciones empleadas, que son impersonales y han perdido su conexión con el contexto histórico en que surgieron (pp. 76-79). Por ese motivo, el proyecto moral de la Modernidad ha fracasado y la moral reinante es un emotivismo reconvertido en expresivismo. La progresiva pérdida de referencia a la razón, a la ley divina y a la teleología, hará que los preceptos morales queden ayunos de justificación, a pesar de los intentos de refundación de filósofos modernos como Hume, Diderot, Kant o Kierkegaard. Pero sin teleología y en ausencia de lo que MacIntyre llama «con-

ceptos funcionales», la Modernidad acaba cayendo en algún tipo de falacia naturalista y sus juicios éticos dejan de ser verdaderos o falsos. Ante la imposibilidad de justificación racional de la moral, la filosofía nietzscheana acabará situando la voluntad como noción central y se dará paso a debates éticos como meros enfrentamientos entre preferencias, actitudes y sentimientos individuales. Una conclusión esperada, podríamos decir, pues al desaparecer la referencia a la verdad como criterio de actuación, la sociedad contemporánea quedará a merced de la ley del más fuerte que, en este caso, es el que sabe manipular mejor las emociones de los demás individuos.

Para MacIntyre, se da en la Modernidad una ausencia de comprensión histórica de su propia condición moral y social. La Modernidad no reconoce que su esquema ético –fragmentado en una Moral pública, aparentemente racional, y un emotivismo individual– deriva de la fragmentación de un esquema previo y, por eso, se halla en decadencia (p. 142). De ahí que surjan inconsistencias y falta de consenso respecto de las materias principales, según refleja el análisis de *Ethics in the Conflicts of Modernity* en el capítulo tercero. La Moral moderna pretende ser secular, universal, limitadora de los deseos individuales, abstracta y superior a otras «morales», pero está plagada de conflictos y dilemas a priori (pp. 148ss). En concreto, la ética del Estado es potencialmente incoherente, pues el poder político depende del económico y financiero, que conlleva una visión deontológica y consecuencialista al mismo tiempo (pp. 161-162). La Moral sirve como instrumento para que todo el sistema siga funcionando con cierta estabilidad, pero no se puede justificar dentro del sistema (p. 170).

Tanto el expresivismo como el neoaristotelismo son críticos con la Moral de la Modernidad; y así puede entenderse que MacIntyre otorgue un valor superior al expresivismo frente a la Moral moderna por-

que el primero permite mayor flexibilidad, gracias a su argumentación emocional. Pero el expresivismo mismo acaba basándose para sus juicios en la separación entre lo factual y lo valorativo propia de la Modernidad, de modo que su crítica de esta última no es profunda ni eficaz. Expresivismo y Moral son, por tanto, dos caras de la misma moneda moderna (pp. 175-177). Ambos se autoalimentan. La Moral ha de mantener a raya al emotivismo (pues de lo contrario la sociedad no funcionaría); y el emotivismo se aprovecha de la falta de base de la Moral.

Sin embargo, el neoaristotelismo macintyreano considera que siguen existiendo criterios racionales independientes de los sentimientos para determinar la corrección de un juicio moral. Solo que su naturaleza y presupuestos difieren de la Moral de la Modernidad. Para ello, basta fijarse en las diferencias en torno a los conceptos de bien común, razonamiento práctico y felicidad (p. 178). El aristotelismo tomista permite una comprensión narrativa de la propia vida, que permite articular y justificar las acciones y dotarlas de una unidad superior, inteligible, capaz de resolver los conflictos interiores de las personas causados por una praxis incoherente (pp. 184-187).

Hernando Bello y Giménez Amaya realizan un excelente trabajo, fijándose más en las coincidencias que en las diferencias que puedan existir entre los dos libros analizados, y apuntan, al final de su obra, varias líneas de investigación que quedan abiertas (pp. 199-200). Por mi parte, además de recomendar sin duda alguna la lectura de este libro, me gustaría añadir dos posibles temas para la discusión en la ética del filósofo británico: 1) analizar hasta qué punto su concepción de la racionalidad práctica permitiría criticar la tradición en que se halla inmersa, eventualmente, la propia narrativa –evitando así la circularidad latente en el razonamiento práctico aristotélico–; y 2) valorar si la propuesta ética de MacIntyre llega a ser una verdadera propuesta («realismo práctico») o solo una crítica necesaria de la Modernidad a partir de su propia tradición aristotélico-tomista, con adherencias marxistas. Más concretamente, si su filosofía permite abordar los problemas relacionados con la fundamentación de la ley natural, la existencia de absolutos morales y la caracterización de las acciones intrínsecamente malas, asuntos cruciales de la moral cristiana.

Javier SÁNCHEZ CAÑIZARES